Al-akel, naich, almout

(Comer, vivir, morir)

Juan Carlos Pereletegui

CC by-nc-sa Juan Carlos Pereletegui
loslibrosdebalmenhorn@gmail.com
DOCUMENTO FIRMADO
ELECTRÓNICAMENTE

El descubrimiento de un plato nuevo hace más
para la felicidad de la humanidad que el
descubrimiento de una estrella nueva
Jean Anthelme Brillat-Savarin
Fisiología del gusto (1825)

Sé donde voy, pero también sé que no será fácil llegar. Conozco el final de mi camino y conozco el principio, pero la travesía es un misterio. Enfilo el Pont de San Jordi hacia la parte vieja. El sol de agosto recuece la ciudad en el fondo de la olla y arranca vapores calinosos del asfalto. En este mediodía sofocante solo yo salvo el barranco de orilla a orilla. Quiero creer que el calor ha hecho buscar el fresco a los habitantes pero una voz interior me dice que no, que llevo el destino marcado en la frente y nadie se atreve a cruzarse en mi camino, para no compartirlo. ¡Ilusos! Como si yo fuera a cargar como si nada con un compañero de viaje. No, la meta que hay al fin del camino es solo para mí... y para ella. ¿O quizá no? Mi última pista, la que me ha puesto en el camino definitivo no era muy precisa en eso. Se que me acompañará en la última etapa de mi viaje pero ignoro si compartirá conmigo la eternidad.

Camino deprisa, de reojo veo a mi derecha el espectacular carrascal de la Font Roja, debe ser un espectáculo sublime pero mi espíritu arde y no está para contemplaciones, el ansia me consume. Al otro lado del puente tomo hacia la derecha, pronto las calles se estrechan y se tornan umbrosas. No tengo una dirección precisa. «Caminando llegarás, ella te estará esperando y cuando sea el momento la encontrarás». Subo y bajo por calles y costeras, sin rumbo fijo, vagando como un sonámbulo, dejando que sean mis pies los que me guíen; paso y repaso una y otra vez por los mismos lugares.

El sol ya comienza a declinar, a la fresca las calles se animan, la gente abandona el letargo, la ciudad renace. He doblado esta esquina antes ¿cuantas veces?, ¿dos?, ¿cinco?, ¿diez? Imposible saberlo, no soy yo, estoy en trance pero lo abandono de golpe cuando mis pies se detienen en seco. Es un callejón sin salida, al que solo le llega la luz en pleno mediodía y ahora, en la atardecida, es un puro túnel. Cierra el paso un caserón alto como un castillo que no estaba allí ninguna de las veces que doblé la última esquina. El corazón se me acelera tanto que trastabillo al andar y a duras penas logró recuperar el equilibrio y acercarme lo suficiente para ver el escaparate de una librería, de reducidas dimensiones y con jambas

pintadas de verde, tal y como me lo habían descrito. Junto a la puerta una placa de bronce reluciente, como acabada de pulir, reza: «La librería de Zoe». Siento que la sangre va a estallar en mis venas, es ella, Zoe, la librera que será mi guía en la última parte de mi viaje. Todo lo que sé de ella es que posee más libros de los que puede leer y más amantes de los que puede recordar.

Empujo la puerta de cristales esmerilados que hace sonar una campanilla al abrirse. Hace frío en el interior, el cambio de temperatura y la excitación me producen una tiritona, bruscamente siento las manos completamente heladas, mientras las orejas me arden. Piso las viejas maderas del suelo para acercarme al minúsculo mostrador, girando sobre mí mismo y alzando la vista hasta casi romperme el cuello. El caserón es una alta torre, hueca por dentro y las cuatro paredes, hasta el artesonado, tan lejano como la luna, están cubiertas de libros que se alcanzan por terracitas de madera conectadas por escaleras verticales.

Girando cual derviche, tropiezo con el mostrador y al recuperar el equilibrio quedo deslumbrado por los ojos verdes de Zoe, enceguecedores como un fogonazo. No estaba allí cuando entré y no se cómo ha aparecido, ni de donde.

Doy un par de pasos atrás, torpes y huidizos, mitad para recuperar el equilibrio, mitad para tomar distancia de la mujer por la que llevo un año suspirando, la que me quitará la vida y me librará de la muerte. Es una anciana de edad imposible de determinar, rostro solemne pero afable, mármol salpicado de rojo en el corte de sus labios que no han perdido ni un ápice de sensualidad e iluminado de verde por las pupilas chispeantes. El pelo es fuerte y espeso, de un blanco dorado, que contrasta con el riguroso vestido de terciopelo negro, ajustado como un guante a una figura por la que muchas mujeres morirían, o matarían. Sobre el terciopelo, un collar de perlas blancas, de doble vuelta y un trabajado broche de plata.

Me mira con una sonrisa amable, inclina ligeramente la cabeza a un lado, lo que me permite reparar en los largos pendientes dorados que acarician su cuello de porcelana.

—¿Te ha costado mucho encontrarme? —la voz de una xana no sería tan fresca y suave.

—Yo... no, creo que no... yo... busco un libro.

—Lo sé, nadie viene aquí por otro motivo, y yo los tengo todos, la cuestión es ¿sabes qué libro es el que buscas?

Después de años de pesares para llegar hasta aquí, por un momento creo que me va a faltar el aire para pronunciar las palabras que me han obsesionado durante media vida.

—El *Al-akel, naich, almout*, de Abu al Hassan Alí Ibn Nafeh.

Toda la librería se ilumina del fulgor verde esmeralda de los ojos de Zoe y en su rostro creo descubrir una pizca de asombro.

—El *Al-akel, naich, almout* —repite con respeto—, *Comer, vivir, morir*, de Ziryab, el negro pájaro cantor... —me mira de arriba abajo, haciéndome sentir desnudo—, el caso es que no pareces de esos...

Hace una pausa pero no deja de mirarme, siento la excitación eléctrica recorriendo mis neuronas, saltando de sinapsis en sinapsis como un caballo desbocado y sé que ya no tengo secretos para esta mujer.

—... o quizá sí —continua—, Ziryab era un personaje muy interesante, ¿le conociste?, a no, lo olvidaba... murió hace más de un milenio, pero tan avanzado y tan culto que podría pasearse ahora mismo por aquí sin pizca de extrañeza, tan solo curiosidad, una moderada curiosidad por las cosas realmente importantes...

—La comida y la música —interrumpo con brusquedad—, el arte de la mesa y todo lo que la rodea, eso era lo más importante para Ziryab, eso y la música.

—La comida y la música, es cierto, pero se te olvida algo: el amor, para Ziryab esa es la triada sagrada de la vida, la comida, la música y el amor, ata-am, almusiga, alhub. Era todo un personaje, llegó a esta tierras bárbaras desde la sofisticada Bagdad, con su gorro de astracán y la barba teñida de alheña, usando perfumes y fragancias. En el atrasado e ingenuo Occidente causó una sensación sin igual. Primero fue la corte de Abderrahmán II la que cayó rendida ante él y copió, ávida, todas sus enseñanzas, desde la vajilla de mesa y las buenas maneras hasta el orden en el que se deben servir los platos.

—Pero luego, de Córdoba pasó a toda Europa —me sé bien la historia.

—Y de Europa al mundo —sentencia Zoe—, pero tu no has venido hasta mi librería para recordar a Ziryab, sino para hacer un trato con él. ¿Conoces el precio?

De pronto la lengua se me ha quedado pegada al paladar y tan solo puedo asentir con la cabeza.

—Está bien, espérame aquí.

Con una vitalidad inesperada, Zoe trepa por una escalerilla para subir a la primera terracita de la inmensa biblioteca que gravita sobre nuestras cabezas y luego a la siguiente y a la siguiente... intento seguirla con la vista pero en un parpadeo desaparece. Mientras espero empezó a sonar música, una nuba islámica, tan antigua que bien pudo haberse tocado en Córdoba, en la corte de los Omeyas. Me dejo llevar por la bien punteada melodía, por un momento pierdo la conciencia de donde me encuentro y al recuperarla, Zoe ya está detrás del mostrador, con un enorme libro de tapas de cuero y cantoneras de hierro, cerrado por un sólido pasador labrado. No puedo resistir más y alargo la mano para tocarlo, pero Zoe me detiene con la mirada.

—Este no es un libro como los demás, en él puedes morir y vivir eternamente, pero solo aquellos que tengan algo que ofrecer a Ziryab son dignos de tocarlo. Ziryab pregunta ¿tienes algo para él?

Con el apremio de la excitación hundo la mano en mi bolsillo y extraigo un papel, sucio y ajado, un papel que me ha acompañado a lo largo de toda mi larga búsqueda. Lleno de incertidumbre se lo acerco a Zoe. La mano marfileña al final del brazo enfundado de terciopelo negro parece flotar en la penumbra, como con vida propia. Toma el papel, rozándome ligeramente los dedos de la mano con increíble suavidad, y se lo lleva a los ojos. Tarda mucho tiempo en leerlo, luego cierra los párpados con fuerza y los mantiene así durante una eternidad. Ya desesperaba de que volviera a abrirlos cuando la luz verde inunda de nuevo la librería y Zoe me sonríe.

—Sí, Ziryab está satisfecho.

Deposita el grueso volumen sobre el mostrador, manipula en el cierre con una pequeña llave, me toma de la mano y vuelve la enorme tapa de cuero.

Lo que ocurrió entonces, ignoro si duró un parpadeo o mil vidas, pero para mí fue un viaje sin tránsito a un esplendoroso jardín en un brillante atardecer de verano. Me encontraba en una terraza y el jardín se abría al otro lado de la balaustrada, unos metros por debajo. No era excesivamente grande, pero de él llegaba una fragancia penetrante a la par que sutil, fruto de la equilibrada combinación de árboles frutales y plantas aromáticas. Tan intensos eran los olores que los podías saborear con el paladar tanto o más que con el olfato. Gracias a mi entrenamiento y experiencia pude diferenciar sin dificultad la enrevesada mezcla de fragancias que me envolvía y regalarme con los aromas del espliego, la manza-

nilla, el tomillo, la lavanda, el romero, el hinojo, la albahaca, el fuerte olor del ajenjo, la embriagante hierbabuena, el dulce estragón, tarkhun para los árabes, el orégano, el regaliz, la salvia... me regodee en todos ellos y admiré al maestro que los había mezclado con tan inigualable sabiduría; pero ese fue tan solo el primer ataque a mis sentidos. Llegó a mis oídos el cascabeleo cristalino del agua que brincaba y volaba en el centro del jardín y no tardó en verse acompañado por la melodía de la nuba que había comenzado a escuchar en la librería de Zoe, magistralmente interpretada. Arranqué la vista de la visión hipnótica del agua y sus juegos saltarines y al levantarla por encima del muro que cerraba el jardín, el corazón se me estremeció ante la belleza del espectáculo. Me encontraba en lo alto de una montaña no pequeña, cuya ladera caía abruptamente para recogerse muy abajo, en una planicie torturada de barrancos, cárcavas, lomas y peñascos que iban a romper plácidamente en playas de arena tan doradas como azul era el mar que las bañaba y que rutilaba tembloroso como el velo de la novia en la noche de bodas. Si el espectáculo de tanto azul como nadie pudo nunca soñar no fuera suficiente para sobrecoger mi espíritu, a mi izquierda se alzaban, en hileras bien formadas, montañas tan luminosas, tan resplandecientes, refractando en todos los matices el resplandor del atardecer, que nadie diría que no eran montañas de pura luz. La primera semejaba un gran trono, alzado sobre formidable estrado de caliza gris y roja. Más allá, siguiendo la línea de azul imposible, se alzaba campana tan formidable que si tañera no habría rincón del mundo a donde no llegara su grito de piedra y a su izquierda, cabalgando desde las olas hacia el cielo, para unir azul con azul, una sucesión de picos, torres, brechas, collados, puertos, agujas que culmina en una línea limpia y pura, alzada sobre todas las demás, recordándoles su hegemonía. Al fondo, cerrando el panorama, puro salvajismo, un encrespado cresterío de caliza gris, tan afilado que bien podría tratarse del angosto puente por el que el Profeta advirtió que deberían cruzar lo puros, antes de saborear las mieles de las huríes del Edén.

Envuelto en la música de la nuba y el tintineo del agua, saturados de intensas sensaciones mi olfato y mi paladar, anegados los ojos de tanta belleza, sentí en la nuca el roce suave y delicado de una mano que me recorrió la base del cuello antes de bajar por mi pecho con la suavidad de una pluma, al tiempo que el olor del almizcle, poderoso, soberbio, apabullaba a todos los demás y se hacía amo y señor de mi olfato.

Se retiró la mano y me volví para tropezar con los ojos verdes de Zoe que me ofrecía en una pequeña bandeja, un vaso de leche acompañado de almendras y dátiles.

—As-salamu aleikum —me dijo—, paz y salud.

—Ua aleikum —fui capaz de responder, lo mismo para ti, recordando la vieja formula de cortesía, aunque no me resultaba nada fácil coordinar mis pensamientos ante la belleza que se desplegaba ante mí y que nada envidiaba, ni tenía porqué, a la que acababa de dejar a mi espalda. La Zoe de la librería, la anciana de porte enérgico y delicada fragilidad se había transformado en una mujer de formas ricas y dulces, apenas disimuladas por una túnica de gasa roja tan ligera que nadie diría que había sido pensada para cubrir. La serena hermosura de la Zoe anciana había adquirido un toque de salvajismo, de ardor primitivo y candente, arropado por una melena de fuego surgida de las elegantes guedejas blancodoradas con las que la había conocido, en otro lugar, en otro tiempo que ya se perdía en mi recuerdo.

Atendiendo a mis obligaciones de huésped, probé los dátiles y las almendras y bebí la leche, heraldo de la pureza de intenciones de mi anfitrión.

—Ziryab te da la bienvenida su al-muniya, su palacio de recreo; todo cuanto ves está a tu disposición, —y para no dejar lugar a ninguna duda, Zoe apartó a un lado la bandeja y acercó sus labios a los míos. Mientras su lengua buscaba mi camino, su cuerpo me cubrió como un velo suave —. Su deseo y el mío es que tu estancia entre nosotros sea tan placentera como tu imaginación te permita, —agregó, al separarse por falta de oxígeno.

Estaba sudando y no solo por el caluroso atardecer de verano. Zoe me indicó que la acompañara y me condujo al hammam. En la sala tibia me desnudó con elegancia y delicadeza, sin inmutarse ante mi excitación. Luego ella misma se desprendió del sutil velo que la cubría antes de acompañarme a la sala caliente donde el vapor húmedo y la elevada temperatura bajaron mi ansia y me permitieron disfrutar calma y serenamente de la danza que Zoe, vestida tan solo de jirones de vapor y de mechas de fuego, ejecutó al son de la nuba que no había dejado de sonar ni por un instante.

Tras un paso rápido por la piscina fría me obsequió con un sorbete de limón, confeccionado, sin duda, con la reserva almacenada durante el invierno en algún profundo pozo de nieve, tan frecuentes en esta región.

Mientras acompañaba la bebida con unos delicados pastelitos de mazapán y calabazote, Zoe masajeaba mi cuerpo utilizando un aceite aromatizado con ámbar. Ella seguía desnuda, deliciosa y tentadora, y su masaje no dejaba ni un centímetro de mi piel por recorrer, pero yo me encontraba en un estado tan venturoso que me limitaba a admirarla como se admira una obra de arte.

Terminado el masaje me ofreció un pantalón de raso crema y una casaca de cuello redondo bordeada de oro. Mientras yo terminaba los pastelitos y el sorbete, Zoe desapareció para regresar al poco tiempo vestida con un caftán rojo brillante tan ajustado que su cuerpo de Venus lucía más y mejor que desnudo. Bajo el borde del caftán, sus piernas de gacela quedaban difuminadas por unos pantalones de muselina ceñidos al tobillo. Calzado con babuchas y sintiéndome el mismísimo Abu al Hassan Alí Ibn Nafeh, también conocido como el pájaro negro cantor y como Ziryab, el kurdo, me dirigí, del brazo de Zoe, al interior de la al-muniya mecido por la melodía contrapunteada de la nuba.

Nada de lo visto y sentido hasta entonces me había preparado para lo que me encontré al cruzar el vestíbulo columnado.

—Maylis al-naura —dijo Zoe ante mi pasmo—, el salón de la noria.

Ante mi se abría un salón de planta circular, rodeado de un deambulatorio delimitado por arcos trilobulados, desde los que se alzaba una cúpula granate rematada por un lucernario que llenaba el salón de luz vespertina. Sin embargo, lo más sorprendente era el canal de agua que cruzaba toda la estancia y la noria ubicada sobre él, que elevaba el agua hasta la parte alta del deambulatorio desde donde caía en chorros, pequeñas cascadas, cortinas de agua, efectos de lluvia y todo tipo de fascinantes juegos acuáticos. Reinaba en toda la estancia un murmullo suave y cadencioso, marcado por el chop-chop de los recipientes de la noria al descargar su carga por encima de nuestras cabezas y contrapunteado por los miles de gotas de agua de todos los tamaños que caían desde diversas alturas y con variados ritmos, en absoluto dejados al azar. Entre otras muchas cosas, se trataba de un singular instrumento musical que la nuba integraba en su melodía, como no tardé en comprobar.

Zoe me tuvo que empujar para sacarme del pasmo y conducirme al centro del salón donde ya nos aguardaban las viandas, paso obligado y razón de ser de mi particular Odisea, pero no término de la misma como yo bien sabía.

Sentarse en aquel salón era como instalarse en medio de la orquesta, cada acorde nos llegaba con total pureza, pero la sinfonía que interpretaba era tan suave y melodiosa que no resultaba molesta ni siquiera para conversar. La comida estaba servida en una mesa baja junto a la cual nos acomodamos sobre almohadones bien mullidos. Me bastó una ojeada a las decenas de platitos colocados sobre la mesa para saber que nunca, ni en mis más alocados sueños culinarios, había disfrutado de nada parecido. Deduje también que no era más que el principio, puesto que el menú se componía de ensaladas de fantasía, sopas frías y entrantes de diversos tipos.

Sin preámbulo de ningún tipo, Zoe, sentada frente a mí, pellizcó con delicadeza una berenjena entera, engordada con algún tipo de relleno a través de varios cortes longitudinales, antes de asarla. Arrancó una pequeña porción y me la acercó a la boca. No supe o no quise evitar que mi lengua entrara brevemente en contacto con sus dedos, más bien lo deseaba intensamente. En cualquier caso el amargor de la carne de la berenjena, el dulzor de las verduras del relleno, el ardiente toque de la pimienta, todo ello junto, explotó en mi boca junto con el sabor indescriptible de sus dedos. Antes de que retirara la mano, toqué suavemente su muñeca con el índice y recorrí el brazo desnudo con suavidad, hasta tropezar con el borde de la manga del caftán. Quise ir más allá pero ella me lo impidió con una sonrisa.

—Ahora es momento de disfrutar de la comida. Ziryab la ha elegido en tu honor.

Asentí sumiso y hundí una cucharilla de plata en uno de los cuencos para degustar lo que resultó ser sopa de pepino fría, casi un sorbete, aderezada con menta y pimienta blanca.

—Prueba esto, son buñuelos de calabacín —exclamó Zoe con alegría de adolescente, acercándome una pieza a la boca. La engullí entera ansioso de saborear de nuevo sus dedos pero ella lo evitó al tiempo que me reprendía con un mohín pícaro.

El sabor suave del calabacín limpio mi paladar, preparándolo para nuevas sensaciones que vinieron de unos rollitos verdes amarronados, hojas de parra rellenas de arroz y piñones, profusamente especiados de canela, menta y pimienta.

Sin llegar a perder totalmente la consciencia de Zoe, ¿quién podría con las oleadas de pasión que enervaban mi espíritu cada vez que contempla-

ba su busto nítidamente realzado por el caftán rojo?, a pesar de ello digo, la comida despertaba tal pasión en mí, era tan exquisito su punto de sazón, tal el contrapunto de sabores, la mordiente de las especias picantes, el punto empalagoso de las dulces, extrañamente combinadas con gustos hora ácidos, hora amargos, que acabó absorbiéndome casi por completo, tanto que no supe en qué momento Zoe se había desabrochado los primeros botones del caftán, dejando entrever el nacimiento de los senos. Lo advertí después de terminar con la degustación de todos los platos, cuando me disponía a repetir una de esas exquisitas hojas de parra rellenas de arroz y piñones. La engullí a toda prisa para liberar la mano y acercarla al blanco triángulo que resaltaba tentador sobre el rojo brillante. Esta vez Zoe no se hizo la esquiva, al contrario, alzó el pecho facilitando que mis dedos envolvieran uno de sus senos y se emborracharan con la deliciosa combinación de texturas de una de las partes más exquisitas de su cuerpo. Fue un instante intenso, pero breve, pues la suave música de la nuba fue sustituida por una fanfarria que anunció la entrada en el salón de una curiosa comitiva formada por cuatro muchachas negras, bellísimas, vestidas con la misma levedad con la que Zoe me había ofrecido leche y dátiles en la terraza. Tras ellas, cuatro fornidos mozos, desnudos de cintura para arriba, alardeando de espléndidas musculaturas, portaban una mesa similar a la que habíamos esquilmado y de la que surgían humaredas multicolores portadores de una suerte de fragancias que de nuevo pusieron los dulces sabores de Zoe en segundo plano. Las dos primeras muchachas portaban sendos aguamaniles en los que hundimos los dedos. Tras ellas las dos siguientes nos ofrecieron toallas calientes aromatizadas con lavanda, con las que nos secamos. Procedieron a continuación a alzar la mesa, despejando el terreno para que sus compañeros colocaran la de relevo. Cual no sería mi cara ante las maravillas que mis ojos veían y las fragancias que mi olfato aprehendía que Zoe rompió a reír con carcajadas fuertes y cantarinas.

—Un niño en un almacén de juguetes no sentiría el deleite que tu sientes en este momento.

La pura verdad no requiere de réplica, pero tampoco la hubiera podido dar pues ya estaba saboreando un delicado bocado de conejo con pasas, quedando extasiado ante la explosión del comino y la canela y el toque amargo del azafrán. Mientras Zoe comía pellizquitos de aquí y de allá, le hinqué el diente con vigor a una paletilla de cordero lechal asado a las

especias. Vigor innecesario, a fe mía, pues la carne se deshacía en mi boca, saturando el gusto con los aromas en los que había estado macerando durante días: tomillo, albahaca, romero, clavo y sobre todo, la pimienta, o las pimientas, por mejor decir. Percibía con toda nitidez el cuerpo de los granos maduros, el frescor de los cosechados en verde, la intensidad de la negra, recogida en su apogeo. A pesar de los otros manjares que buscaban mi favor de mil formas y maneras, no solté la paletilla hasta relamer el hueso. Me disponía a chuparme los dedos pero Zoe se me adelantó y los limpió con labios de flor, provocando en mí la más violenta ebullición. Según terminó la tarea, me lancé sobre sus labios volviendo a saborear de nuevo el concierto de especias, sublimado ahora por la miel de su boca. Con la torpeza que a los hombres nos asalta en estos lances, terminé de desabotonar su caftán, posé las manos temblorosas sobre sus caderas y ascendí lentamente hasta apoderarme de sus pechos. Ella se dejó acariciar durante unos instantes con evidente placer, hasta que reaccionó dándome un cachete en el dorso de las manos.

—Todavía no has terminado de comer —me recriminó con fingido enfado—. ¿Qué pensará Ziryab si no haces honor a su mesa?

Mentiría si dijera que la sola mención de las delicias por probar no fue más que suficiente para cejar en mi súbito arranque de pasión y atender de nuevo a los reclamos que surgían de la mesa. Me llené de la fragancia almizcleña de Zoe y sin pesar hundí la cuchara en un puré espeso, decorado con sésamo y pimentón. Resultó ser berenjena asada y triturada con perejil y aceite de oliva. ¿Cómo tanta sencillez puede alcanzar tales cotas de sabor? Más allá, un guiso de cordero y garbanzos reclamó mi atención dejándome un regusto de ajo y menta que paladee con fruición, hasta lo borró la delicadeza de la sémola de un couscous que hubiera hincado de rodillas al mismísimo Profeta. Tanta solidez precisaba de un entreacto que encontré en unos orejones de albaricoque rellenos de cordero picado y arroz, con un punto de pimienta de Jamaica, mitad nuez moscada, mitad canela. Lo que siguió raya lo indescriptible: cordero con berenjena ahumada, picantones asados a la brasa, con el regusto del carbón de encina clavado en su carne, berenjenas rellenas de carne de buey, albóndigas con salsa de limón, pollo con arroz en mil formas, sabores, texturas, caldoso, cremoso, suelto, con el punto afrodisiaco del curry o con la austeridad del pimentón o con el toque de fantasía del azafrán.

¿Qué puedo decir sin faltar a la verdad si no que olvidé a Zoe hasta que me recosté sobre los almohadones, ahíto?

Ella no parecía ofendida, al contrario, vino hacia mi y se sentó a horcajadas sobre mis muslos, con el caftán abierto, desvelando y ocultando, ocultando y desvelando, a su voluntad, las fuentes de mil pasiones. Con un gesto felino, adelantó el torso dejando que los pechos desbordaran la tela y los oscuros extremos rozaran la seda de mi casaca. Lentamente se fue irguiendo, sin perder el contacto entre la carne y la tela, hasta que los senos desbordaron mi mentón y me fueron a caer, primero uno, luego otro, sobre los labios. No preguntó cual era manjar más delicioso, si aquellos o los que acababa yo de saborear, pero reconcomido por la duda, degusté a fondo el que ahora me ofrecían, intentando llegar a una conclusión imposible.

De lo que no cabe duda, es de que, si Zoe hubiera avanzado de su posición sobre mis muslos un tanto que así, nos habríamos quedado sin postres, algo a lo que aquella mujer, joven y vieja, sensual y cerebral, no estaba dispuesta.

Descabalgó con tanta gracia que de haber sido yo montura, hubiera relinchado de regocijo; se despojó del caftán arrojándolo sobre la mesa y dio unas palmas. Mientras la comitiva de sirvientes procedía a retirar la mesa que tantos placeres me había deparado y la sustituía por otra no menos prometedora, Zoe caracoleó para mí, exhibiendo su busto inenarrable, velado de tanto en tanto por los mechones rojo fuego, sus nalgas dignas del cincel de Miguel Ángel, apenas veladas por el ligerísimo pantalón de muselina y haciéndome gracejos con el sumidero de todas las pasiones. Nada más que se retiraron los sirvientes, se acercó a mí, me cubrió los ojos con una mano, con la otra tomó algo de la mesa y me lo puso en la boca. El gusto refinado de la calabaza confitada borró de mi ser toda ansia que no fuera la de la mesa. Le di un beso a los pechos turgentes y afronté con ánimo épico la ingente colección de postres y dulces desplegada cual ejercito asediador.

La refinada calabaza confitada, espolvoreada de pistachos, exigía un contrapunto sólido y de confianza, que encontré en unos pasteles de boniato, ligeramente anisados. Cubierto el compromiso para con la sencillez, me dejé llevar en lomos de una sofisticación cada vez mayor: arroz con leche, rollitos de pistachos, orejones de albaricoque rellenos de nata,

higos escalfados con agua de rosas, para terminar con un postre de leche y almendras acompañado por un generoso trozo de torta de calabaza.

Apenas di señal de saciedad, Zoe se lanzó sobre mi como si yo fuera un dulce trozo de turrón de miel y almendras o, más bien, una almojábana sin ninguna pretensión, pero tan sabrosa como el postre más elaborado. Mi rica casaca de ribete dorado y los elegantes pantalones de seda que la acompañaban desaparecieron como por ensalmo y cuando Zoe se sentó de nuevo a horcajadas sobre mí, no lo hizo, de ninguna manera, sobre los muslos. Por supuesto, el delicado pantalón de muselina no fue obstáculo alguno para el primer asalto de un largo combate que se prolongó hasta que la plena luna de verano dejó caer su luz por el lucernario.

Exahusto, acurrucado en el regazo de Zoe, escuchaba la nuba pensando que era el único elemento de la triada sagrada de Ziryab, del que era imposible saciarse. Mis pensamientos parecieron tocar la mente de Zoe que salió del sopor.

—Nunca me canso de la música. Siempre puedo escuchar más.

Luego me miró con una sonrisa que expresaba mil sentimientos, amor, pena, melancolía, alegría, tristeza.

—Ziryab te ha honrado con su triada sagrada: ata-am, almusiga, alhub: comida, música y amor. Ahora el huésped debe agradecer al anfitrión sus atenciones.

—Ese es mi honor, no estoy aquí para otra cosa.

Me puse en pie y rebusqué en mi ropa hasta encontrar el viejo y ajado papel, auténtico primer motor de aquella aventura y que me había acompañado desde el principio.

Zoe me tomó de la mano.

—Vamos.

Más desnudos que Adán y Eva (las hojas de parra nos las habíamos comido), abandonamos el salón de la noria, el espectacular maylis-al-nau'ra, y salimos a la terraza en la que había aparecido al principio de la tarde. El espectáculo era más sobrecogedor todavía, si cabe. La inmensa luna de agosto abría una trocha de plata en el mar y las soberbias montañas eran manchas de tinta china contra un cielo que pugnaba entre el cobalto y el añil.

Algo cohibido por la majestuosidad del escenario y por la belleza del cuerpo de Zoe, le entregué, por segunda vez, el papel con el que sentenciaba mi muerte, con el que ganaba la vida eterna.

Como hiciera en la librería, Zoe lo leyó cuidadosamente, ahora a la luz de la luna, cerró los ojos y durante mucho tiempo pareció que no estaba allí. Cuando regresó, su sonrisa era más luminosa que la mismísima luna.

—Ziryab está enormemente complacido, tu receta es maravillosa y repartirá gozó y felicidad por toda la tierra. Ziryab la colocará en un lugar de honor en su libro.

Dicho esto, Zoe se elevó en el aire, a gran velocidad, hacia un rectángulo que se había abierto en el cielo, un rectángulo a través del cual se podía ver el interior de una alta torre con sus cuatro paredes cubiertas de libros, pero mi mente estaba en otra cosa.

Mi última visión es la de una anciana de guedejas blancodoradas, enfundada en un elegante vestido de terciopelo negro que me lanza un beso antes de cerrar un pesado libro de tapas de cuero y cantoneras de hierro. Es el fin y lo sé, lo he buscado y deseado con toda mi alma. He agregado una receta al libro de Ziryab, que será recordada por toda la posteridad, aunque mi nombre caiga en el olvido. Lo he logrado, soy inmortal.